



Flora López, 81 años.

Marta Beatriz Vega Pérez, 19 años.

Flores para Flora

Flora López, de 81 años, reconstruye a continuación su pasado. La historia, marcada por el doloroso recuerdo de un maltrato, es un grito que a la vez que alega, esperanza. El alarido tardío de una mujer increíble y fuerte. Y valiente. Y luchadora. De Flora, que ya no quiere callar más y habla, pidiendo justicia.

Una chica joven, de acento sureño, camina extraña por un pasillo pulcro y blanco. Los escasos 50 metros parecen eternos y sus pasos se confunden con el bombear frenético en su pecho. Al fondo, un cartel anuncia el final de su viaje. La recepcionista de la Residencia de Mayores Vistalegre le ha dicho que "Flora López está en la clínica, al final del pasillo a la derecha, al lado de la capilla".

La Residencia Vistalegre es un edificio grande y laberíntico pero acogedor, y con olor dulce a canela que a la chica de acento sureño le recuerda a su abuela. Con el pulso un poco más calmado, tuerce a su diestra y examina el nuevo paisaje en busca de su flor. "Perdone, ¿conoce usted a Flora López?".

"Soy yo". Una voz profunda y limpia, aunque un poco temblorosa, responde al tercer intento. Se acerca despacio, y el taconeo de un bastón de madera engaña. La chica de acento sureño tiene que agacharse para darle dos besos a Flora, una mujer pequeña, de pelo castaño claro y rostro amable y risueño que enmascara mil batallas. Viste falda marrón y camisa blanca. No lleva medias, y sus 81 años tan solo se reflejan en dos piernas moradas por la artrosis. Ha ido al médico por sus dientes. "Me va a salir carísimo arreglarme la boca", se lamenta, disgustada.

Juntas, la chica de acento sureño y Flora recorren el que se convirtiera en su hogar hace seis años, cuando se separó. "Nos tratan muy bien", comenta, "lo peor es la convivencia en las habitaciones... ¡y compartir baño!". Flora actúa como una auténtica anfitriona y propone ir a tomar un café. Por el camino se entretiene saludando a varios compañeros. A todos les dedica una sonrisa y unos minutos. Momentos después, sentadas ya en la cafetería, la chica de acento sureño se dará cuenta de que su estatura miente y de que Flora es una persona enorme y una mujer extraordinaria. Y de la suerte que ha tenido de encontrarla.

El mar que conoció una vez de joven, en las costas de Murcia, parece haberse quedado atrapado para siempre tras sus gafas, en sus pequeños ojos tristes, que amenazan con desbordarse. Pero una mano suave, de dedos rechonchos, acude aún hábil a socorrer el naufragio. La historia se repite entre sus labios finos y dibujados por un carmín rojo, su color favorito. "A veces prefiero no recordar, porque me siento muy mal, ¿y quién va a quedarse conmigo a ayudarme?"

Una foto arrugada, que consiguió arrancar del libro de familia antes de que su ex marido lo rompiera, es casi el único vestigio de juventud que conserva. En una caja de cartón guarda como un tesoro cinco o seis fotos de cuando era joven y una única cicatriz llenaba su cara y rasgaba sus ojos. "Yo con 20 años me comía el mundo...". La nostalgia empaña sus palabras y su rostro, ahora arrugado y un poco menos brillante por el peso de los años. Por los castigos del alma. "Pero di con un hombre tan malo", continúa, "que me pasó de todo".



El mundo se enamoró de Flora cuando nació, un 14 de febrero, en Santa Cruz de Mudela, Ciudad Real. La memoria la traiciona un poco cuando intenta recordar su infancia en el pueblo. "Recuerdo que tenía muchas amigas y que nos gustaba ir a jugar al cerro de San Roque". Pero ha sido Madrid testigo mudo de su vida desde que, a los 10 años, su familia decidiera marcharse a la capital. Un poco más tarde, a los 12, Flora empezó a trabajar. "Yo limpiaba en casas cuando todavía no había fregonas, y tenía que fregar los suelos de rodillas y las ventanas con periódicos". Trabajadora incansable hasta que se lo permitió el tiempo, fue trabajando como conoció, con 20 años, al que sería su marido. Y también su pesadilla.

Flora le cuenta a la chica de acento sureño que, de novios, su ex marido ya mostraba muy mal genio. "Pero tenía la esperanza de que, una vez casados, él cambiaría. Pensé que podría domarlo". Sin embargo, tras la boda la situación empeoró. A la amargura de la muerte de una hija hubo de sumarle el dolor y el desconcierto de los primeros golpes. "Me sentí confusa, aturdida... no entendía porqué hacía aquello. No dejaba de preguntarme: ¿por qué a mí?".

"Aguanté por mis hijos". Pronuncia estas palabras con un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas. "Aguanté por ellos, y los crié, y he pasado mucho para criarlos". Flora revive las incontables veces que su marido se iba de casa y no sabía nada de él hasta dos o tres meses más tarde, cuando volvía. No le daba dinero para sus hijos y ella no ganaba lo suficiente con su trabajo, así que se pluriempleaba, cuidando enfermos, limpiando salones de fiestas. "De alguna parte tenía que sacarlo".

De vez en cuando, Flora intercala en su discurso algún recuerdo agradable. Pero casi todos se refieren a los últimos seis años. En general, su expresión es seria y triste, y sus palabras, amargas. Las veces que le cerraba la puerta y la dejaba en la calle, y tenía que llamar a la Guardia Civil para poder entrar en su casa; "pero cuando venían, él abría, para que yo quedara como una tonta". Los accesos de rabia incomprensibles, en los que le rompía sus cosas. Los golpes en la cara, "para que se vieran", que la avergonzaban y condenaban a un claustro continuo. Las injurias. Los gritos. Los insultos. El miedo.

Durante casi 50 años, Flora vivió en un infierno, sometida y castigada sin delito. Ella intentaba ocultarlo, pero era un secreto a voces que incluso su familia compartía. Nunca lo denunció por vergüenza, mas llegó un momento en el que la situación era insostenible. "Todos tenemos un límite y yo no podía más". Estuvo a punto de cometer una locura justo antes de separarse, víctima de la desesperación. "Encontré un cuchillo en casa... ¡y mira que a mí los cuchillos no me gustan nada, ni siquiera los de comer!". Pero Flora recuerda que "algo dentro de mí me frenó, y no hice nada. Pero él estuvo a punto de estrenarlo".

Tras este suceso, Flora reunió el valor necesario para pedir ayuda y enfrentarse a su marido. Contó su historia a la Asistente Social de su barrio, que le recomendó la separación como una solución a su calvario. Le asignaron una abogada de oficio y se celebró el juicio. "Fue un juicio muy falso", afirma, "conté mi caso y le creyeron a él". Su marido vendió la casa en la que habían vivido los últimos 50 años y ella se fue a un piso de alquiler. "Pero casi no podía con los gastos, así que eché los papeles para la Residencia y aquí estoy, desde hace 6 años".

Seis años alejada del dolor que se vieron turbados hace un año y medio. Una mañana, su nombre sonó a través de los cientos de altavoces que cuelgan de las paredes de la Residencia, anunciándole que tenía visita. Cuando llegó al recibidor, allí la esperaba la asistente social, una chica joven cuyo semblante serio se veía agravado por el



acusado rictus de su frente. Era evidente que algo le preocupaba. “Flora”, dijo, nerviosa, “vas a ver algo que no quieres ver”.

La chica de acento sureño observa cómo los pequeños ojos de Flora se oscurecen, poco a poco, al recordar los tres meses que tuvo que compartir residencia con su ex marido. Vacila un poco ante el recuerdo, y su voz se quiebra al sentenciar que “aquello no era vivir”. Esa mañana, la asistente social traía malas noticias para Flora. El azar había llevado a su ex marido a la Residencia Vistalegre. Durante tres meses, Flora tuvo que soportar los encuentros casuales, las duras miradas. “No nos hablábamos, pero verle era el recuerdo constante y vivo de todo mi sufrimiento”. Fueron los 90 días más largos de su vida. Desde entonces, no ha vuelto a ver a su ex marido. “Ni quiero”, afirma, negando enfáticamente con su cabeza.

A sus 81 años y con el peso de toda esta historia, su historia, sobre los hombros, Flora tan sólo le reclama algo al mundo: justicia. “La justicia debería interesarte por las mujeres maltratadas que no pueden vivir”. Al separarse, se estipuló que su marido debía pasarle una pensión de 12.000 pesetas. Sólo lo hizo durante dos meses. Ahora, Flora reclama su dinero, porque lo necesita y porque “yo no tengo ayuda ni de mis hijos ni de nadie, ¿por qué no me va a dar lo que es mío?”.

Las palabras de Flora son el testimonio a gritos de tantas mujeres silenciadas por los golpes. De tantas mujeres que, como ella, nunca han sido escuchadas. De todas las mujeres que rehacen su vida lejos del dolor y con la sonrisa remendada, cosida sobre las heridas. De las más de mil mujeres que el año pasado denunciaron a sus parejas por maltrato. De las 31 mujeres que han muerto en España en lo que va de año, víctimas de la violencia de género.

La chica de acento sureño siente cómo un escalofrío le recorre la espalda y se remueve, incómoda, en el asiento. Flora ya sonríe, siempre sonríe, pero su cabeza no descansa, y por los ojos se le escapa la batalla. Me encantaría abrazarla y decirle que lo siento mucho, que todo va a salir bien, que conseguirá su dinero, que... Le encantan las flores. Y Manolo Escobar. Su sueño es montar en avión. El mío, que nunca deje de soñar.

Lo importante de la vida

Dígame, Flora, ¿qué es la vida? ¿Por qué estamos aquí? Dígame lo que ha aprendido, de qué se arrepiente, sus asuntos pendientes. Cuénteme algo alegre, algo bueno. ¿Es usted golosa? Quiero saberlo todo sobre usted.

Quiero saber de dónde ha sacado toda esa fuerza que irradia, que contagia. Dónde ha aprendido a derrochar elegancia a cada paso. Cómo se conserva usted tan bien, a pesar de todo, a sus 81 años.

Si le pregunto usted me responde que la vida es suerte. “Lo que te tocó, te tocó”. También me dice que “de la vida se debe aprender lo bueno”. Que a usted lo malo no le gusta aprenderlo. “Pero si lo tengo que aprender, también lo aprendo”, me dice.

La fuerza, me explica, a base de curar enfermedades con jarabe de palo. Porque “la vida te da muchos, y muy malos”. Que los llantos han sido muchos, y las risas, muchas menos. Las rachas buenas, algunas, y las malas, casi todas.



“¿Algo bueno? ¿Y qué quieres que te cuente?”. Y se me cae el alma a los pies. Y “sí, soy golosa. A un dulce nunca le digo que no”. Y nos reímos. Y escucharla reír es como un torbellino de sensaciones. Porque cada vez que usted se ríe es como si lo hiciera por primera vez.

Y sonrío, sí, cuando le digo que está muy guapa hoy. “Es que yo siempre he sido guapa”. Me guiña un ojo y comienza su lento camino hacia la cafetería, el taconeo del bastón de madera que sigue engañando y yo a su lado, que acabo de aparecer en su vida y ya le tengo cariño.

Me cuenta usted que la vida ha cambiado mucho y que usted ha cambiado con ella. “Porque así es la vida, te da un cambio que pude no ser bueno. A mí la vida me ha cambiado mucho. Me ha hecho muy mala. Yo no era así antes. Yo ya no tengo ilusión por nada. No tengo ganas ni de verme”

Pero yo sí que la veo a usted, Flora, y si me acojo al tópico (como pocas veces hago) de que “los ojos son el espejo del alma”, me atrevería a decir que son pocas las personas tan buenas como usted que he conocido. Sus ojos son sabios, reflejan su lucha sin fin, el infinito amor de una madre; son ojos fuertes, son ojos compasivos, cariñosos (“todos necesitamos cariño”), emotivos, son ojos históricos, ojos ejemplo, ojos pasados presentes y futuros, ojos de una niña, ojos tristes y a veces contentos. Y usted es todo eso. Es todo eso y más.

Atrévase a verse y entenderá que el sentido de la vida, la razón por la que usted sigue aquí, no es otra sino usted misma. Y quizá, así lo entenderán también todas las mujeres que, como usted, tienen ojos de amazona.